

HORACIO SALDUNA

**LUCIO V. MANSILLA
Y LA HISTORIA DE ENTRE RÍOS**

**Una olvidada polémica con
Olegario V. Andrade
(1877)**

Prólogo de Juan José Cresto

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2003

Indice

PRÓLOGO DE JUAN JOSÉ CRESTO	5
INTRODUCCIÓN	11
NOTA Nº 1 DE OLEGARIO V. ANDRADE QUE PRODUJO EL INICIO DE SU POLÉMICA CON LUCIO V. MANSILLA	15
Comentarios	21
NOTA Nº 1 DE MANSILLA	27
Comentario	31
NOTA Nº 2 DE ANDRADE	37
Comentarios	41
NOTA Nº 2 DE MANSILA	43
Comentarios	53
NOTA Nº 3 DE MANSILLA	59
Comentarios	69
NOTA Nº 3 DE ANDRADE	81
Comentarios	87
NOTA Nº 4 DE MANSILLA	91
Comentarios	101
NOTA Nº 5 DE MANSILLA	105
Comentarios	113
NOTA Nº 4 DE ANDRADE	119
Comentarios	127
NOTA Nº 6 DE MANSILLA	135
Comentarios	147
NOTA Nº 7 DE MANSILLA	153
Comentarios	161
NOTA Nº 8 DE MANSILLA	165
Comentarios	175
NOTA Nº 9 DE MANSILLA	177
Comentarios	189
NOTA Nº 10 DE MANSILLA	197
Comentarios	205
NOTA Nº 5 DE ANDRADE	211
Comentarios	215
Comentarios	227
NOTA Nº 12 DE MANSILLA	231
Comentarios	239
NOTA Nº 13 DE MANSILLA	245
Comentarios	259
NOTA Nº 14 DE MANSILLA	273

Comentarios	279
NOTA N° 15 DE MANSILLA	287
Comentarios	297
NOTA N° 16 DE MANSILLA	299
Comentarios	307
NOTA N° 17 DE MANSILLA	313
Comentarios	325
NOTA N° 18 DE MANSILLA	333
Comentarios	341
NOTA N° 19 DE MANSILLA	347
Comentarios	357
NOTA N° 20 DE MANSILLA	359
Comentarios	367
NOTA N° 21 DE MANSILLA	369
Comentarios	377
NOTA N° 22 DE MANSILLA(ÚLTIMA)	381
Comentarios	393
<i>APÉNDICE</i>	407
LA CULPA DE BUENOS AIRES	409
Opinión del General San Martín, Manuel Belgrano, Bartolomé Mitre, Juan Bautista Alberdi	
NOTAS PERIODÍSTICAS DE LUCIO N. MANSILLA	413
El comercio del Plata, Montevideo (1853)	
LUCIO N. MANSILLA EN CHILE	419
Carta de O'Higgins a San Martín	419
Carta de O'Higgins al Gobernador Intendente de Cuyo	419
Carta de Hilario de la Quintana	420
CONTESTACIÓN DE LUCIO N. MANSILLA A DN. BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA	423
OBSERVACIONES, JUCIO Y VOTO - CRÍTICA DE LUCIO N. MANSILLA A LA CONDUCTA DE LOS GOBERNADORES DE BUENOS AIRES EN DEFENSA DEL RESIDENTE JUSTO JOSÉ DE URQUIZA	429
OPINIÓN DE MARTÍN DE MOUSSI	442
BIBLIOGRAFÍA	443

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
 Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
 Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
 E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
 Abril de 2003

PRÓLOGO

¿Cuál es -nos preguntamos- la verdadera labor del historiador? ¿Es, acaso la descripción narrativa de hechos que ya ocurrieron, que son irreversibles, sobre un mundo muerto? ¿O es el análisis del pasado sobre documentos ya conocidos? La polémica sobre las dos posiciones es interminable, pero el propio Ranke admite que la verdadera historia es la de opinión, en la que el autor ayuda a comprender al lector desde su propia óptica los acontecimientos del pasado y también la psicología de los protagonistas intervinientes. En este caso, el autor es parte de la polémica. Integra el grupo como si fuera contemporáneo, critica y defiende, a veces racionalmente y en otras oportunidades con pasión y con brío. Protesta, dice, contesta por su cuenta lo que los polemistas no hicieron pero él hubiera querido que hicieran, casi forzando los hechos. Es apto y es abierto al diálogo, que ya no se entabla entre dos sino entre tres. Y es auténtico y coherente en la defensa de postulados suyos preexistentes: la provincia de Entre Ríos, la patria chica, las figuras provinciales, las que quedaron en el recinto de sus límites y las que emergieron a la Nación, como Urquiza, y en grado excelso.

Un episodio periodístico consistente en un intercambio de artículos de dos diarios -ambos de Buenos Aires- en 1877, a mediados de la presidencia de Avellaneda y en momentos en que el país soportaba una grave crisis económica, da motivo a un historiador de raza para recordarla, ordenar las notas periodísticas y comentarlas. Así, de lo que puede resultar intrascendente para cualquier espíritu superficial, Horacio Salduna obtiene un rico material informativo, que sabe comentar y reeditar consecuencias políticas e históricas de verdadero valor.

Todo cuanto se dice es para “el momento” o para “todo momento”, es decir, para hoy o para siempre, según el valor de su contenido. Las frases que revelan un pensamiento profundo y que son de provecho para el presente y para el futuro, caracterizan siempre a un autor de miras superiores, que sabe hacer historia. Porque, en último término, la verdadera historia no es solamente el dato cronológico ni tampoco, elevando la categoría, la narración correcta que permita al lector revivir un mundo muerto y ya desaparecido, sino saber extraer las causas, desarrollo, consecuencias y tal vez prolíficas enseñanzas de aquellos sucesos que vuelven a vivirse y a realizarse por

segunda vez en el plano intelectual y de las ideas. Tal es, para Ranke, el verdadero historiador. Y así, Salduna saca provecho para todos de sucesos y palabras con otros sucesos y palabras que ilustran al lector.

Conocido por su obra que ya comienza a dilatarse en cantidad y calidad, Salduna muestra una vez más, cómo se puede iluminar una época y cuánta información y sobre todo, reflexión, puede obtenerse de ella. A veces exagera. Platón de queja de Aristóteles diciendo: "¡Qué cosas, en las que ni siquiera he pensado, me hace decir este discípulo!". En *La Tribuna* del 22 de febrero de 1877, Andrade dice de Mansilla: "...Que ha torturado nuestro artículo, para deducir de él cosas que jamás tuvimos la intención de decir". Esta expresión se extiende a todos los glosadores, pensadores, comentaristas y escritores que trajinan el pensamiento de otros con resultados antojadizos, o que están directamente vinculados a su propio ideario o -peor aún- con manifiesta tendencia hacia un fin predeterminado, que vicia el resultado, cualquiera fuere éste.

Así ocurre con esta polémica entre dos ciudadanos argentinos que protagonizaron décadas de nuestra historia, de Entre Ríos, el uno, Olegario V. Andrade, periodista, escritor y fino poeta y, además, porteño, el otro, Lucio Victorio Mansilla, militar valiente, espíritu travieso, aventurero de honda raíz y también excelente escritor y prosista.

No se pusieron de acuerdo ni habrían podido ponerse nunca porque pertenecían a dos Argentinas diferentes, pese a ser la misma nación, con el mismo pabellón y las mismas glorias comunes. El uno era un porteño de buena cuna, sobrino del gobernador Rosas, que pasó gran parte de su vida lejos de Buenos Aires, ya fuera en los campamentos de los ejércitos de línea, o en la prolongada y sangrienta guerra del Paraguay, o en las largas marchas del desierto para enfrentar a los indios, o en el dorado exilio del París de Napoleón III o de la III^a República. El otro era entrerriano, alumno del "Colegio del Uruguay", el semillero de la élite que gobernó el país, verdadero hijo espiritual de Urquiza, quien lo protegió e hizo estudiar y le dio lustre. Andrade fue periodista de barricada y editorialista de gran nivel, diputado, orador y, sobre todo, poeta, uno de los grandes vates argentinos, cuya pluma, finalmente, es la que ha trascendido. Duele verlo con cierta ingratitud hacia el hombre grande -que fue Urquiza- desaparecido físicamente en 1870, pero al que debió guardarle filial defensa, como hace su contrincante Mansilla con su padre, también ya fallecido.

El odio de los dos cultos polemistas de esta obra se expresa de mil maneras. ¿Es que no habrá paz de conciencia en la historia nacional? Groussac decía que nuestro pasado está sujeto a la "Ley del Odio", como si fuera una

“constante” dentro de una ecuación algebraica. Razones no le faltaban. Sin embargo, lo que queda claro es que Mansilla defiende en todo momento la memoria de su padre, ex gobernador de Entre Ríos. Dice:

“...No le faltan a Ud. ni estudios ni datos, ni capacidad comprensiva, y si Ud. quiere contemplar las cosas desde la cúspide, no como hombre de partido, sino con los ojos imparciales de historiador, Ud. convendrá en que el general Mansilla nada de común tuvo con Artigas.”

Es decir, tienen entre sí ciertos criterios, pero defienden puntos de vista que, a la altura de los acontecimientos eran ya abstractos, se resolvían en el plano de las ideas. El autor, sin embargo, recuerda que Mansilla (p) peleó a las órdenes de Artigas y usó el bárbaro procedimiento del *enchalecado*, una forma de tortura habitual en nuestras guerras civiles, hacia 1812. Y agrega la carta de San Martín al caudillo oriental, cuyo conocido tratamiento de “mi apreciable paisano y señor”, mueve a la comprensión del Libertador hacia el hombre que enfrentaba la guerra contra España y también contra la invasión lusitana. Asimismo el autor demuestra que el cargo que le hace Andrade sobre el envío de un regimiento de 400 soldados a Buenos Aires es la retribución por la ayuda financiera que le había otorgado Rivadavia.

A su vez Mansilla defiende la obra administrativa de su progenitor y rechaza la imputación de haber retirado el Archivo de la Provincia sino, por el contrario, haberlo creado, para lo que transcribe un párrafo de la recopilación de leyes que le envía, con un total de “cien mil páginas”. Asimismo, el hijo defiende el Estatuto Constitucional de su padre que limitó su poder de gobierno y hasta los límites provinciales, tras la imputación de Andrade de tales hechos, acusándolo de entrega a Corrientes de una porción de territorio provincial.

Así, pues, el autor le da con su propio calor, un nuevo y distintivo color a la polémica. Más aún, pareciera, a través de todas las discusiones, que los dos integrantes, Andrade y Mansilla, la usan de pretexto para exponer las más variadas opiniones sobre los más opuestos tópicos y dar rienda suelta a sus pensamientos personales y hacer reflexiones políticas, sociales, culturales e históricas. Y sobre ellas, el autor las toma de nuevos pretextos para exposición de otras ideas, otras referencias históricas dando origen a un verdadero libro de historia política argentina de las guerras civiles del Litoral. La pluma los lleva a los tres por desconocidos y descarriados senderos.

Libro denso de información y de comentarios, en el que los tres, Andrade, Mansilla y Salduna hablan y dicen lo suyo sobre todos los temas, pero lo dicen bien, en agradable lectura y honda perspicacia. Se deslizan opiniones fundadas y de rigurosa afirmación en determinado sentido y en todos los

temas, que nada tienen de aséptico sino que se integran al texto con el mismo calor polémico como si el autor viviera en 1877. Más, si parece vivir en el tiempo de los hechos, su buen bagaje documental y bibliográfico, en muchos casos más próximos a nuestro tiempo que la fecha mencionada, están revelando una honda investigación y numerosas lecturas que lo han llevado a posicionarse en el tema de una determinada manera.

Las luchas civiles que ensangrentaron toda la geografía del país desde 1810 hasta 1880, constituyen un doloroso capítulo de nuestro pasado, originado en diversos y cambiantes motivos, según cada época, que tuvieron, como consecuencia, el retraso de nuestra posición internacional: la búsqueda de una forma de gobierno, la lucha por el predominio del puerto, la prevalencia de las regiones del Interior, cada una en su momento y por razones diferentes.

La carencia de autoridades idóneas, la debilidad, fragilidad y obsolencia de las instituciones heredadas de España, el predominio de la persona del caudillo -o apogeo del Príncipe- sobre la Ley escrita y, además, el espíritu de crítica pública heredado de la raza levantisca, que se remonta hasta las legiones ibéricas de la época de Roma y la larga Reconquista peninsular, en fin, la totalidad de los argumentos y muchos otros, cuya enumeración fatigarían innecesariamente al lector, hicieron, en síntesis, que el pueblo argentino se levantara en armas reiteradas veces y retrasara el progreso. Esta obra es un ejemplo más, pero importante y documentado, de todos los argumentos y reconveniones para defender una posición u otra. Es la patente necesidad de buscar una forma elevada y superadora de los hechos cuasi tribales que no dieron lustre -ni aún a los ilustrados- pero sí, en cambio, frustraciones y víctimas.

En esta polémica, Lucio Mansilla escribió mucho mayor cantidad de cartas y mucho más extensas que Olegario Víctor Andrade, y tanto, que su propia pluma lo lleva a mencionar remotas situaciones y comentarios muy alejados del motivo central de sus cartas, es decir, la réplica al poeta. Nadie sabe a ciencia cierta si contesta a Andrade o agradece al destino las cartas del poeta entrerriano para poder dar rienda suelta a su vena de prosista, escritor y filósofo, todo en uno solo. Es bien sabido que cualquier cosa es referencia causal de cualquier cosa. A su vez, el autor se involucra y -pareciera- es el tercero en discordia que ataca a los dos contrincantes. No tiene una polémica con uno, sino con ambos. Es más coherente que ellos porque defiende a los hombres de su provincia: Ramírez y Urquiza, y lo hace de manera constante, sin omitir recurso documental y aún dialécticas de cualquier naturaleza.

“Debemos una contestación al general Mansilla y será la última porque tenemos horror a las polémicas largas, dice y repite Andrade. Es claro que el poeta quiere terminar cuanto antes su intercambio de notas y el coronel las quiere prolongar sin límites. El uno atacó y el otro defiende con reiteración y pertinacia la memoria de su padre, pero le da motivos, como decimos más arriba, para escribir sobre cualquier tema. A su vez el autor no se queda atrás. Debió ser contemporáneo de ambos para que este temario se transformara en un clásico argentino del que ni siquiera queremos suponer los resultados.

Polémica de tres, pero finalmente absurda e innecesaria. Como dijo Sarmiento, en la plenitud de su lucidez: “Mansilla se ha propuesto rehabilitar a su padre de cargos que nadie la hace, pero cuya apología inmoderada nos trae por reacción, reminiscencias que habían dormido”. Son éstas definitorias palabras del gran sanjuanino, hombre lúcido, si los hubo.

Como argentinos no podemos, sin embargo, olvidar al general Lucio N. Mansilla, que fue gobernador de Entre Ríos y padre de su primitiva Constitución y que como jefe de las baterías en la Vuelta de Obligado, defendió como nuevo Leónidas el interés y el honor nacionales. Y del otro lado, tampoco al eminente poeta que un día nos regaló con “El Nido de Cóndores”, el mayor homenaje estético a nuestro Libertador.

Admiro en el autor la penetración en la descripción del perfil psicológico de los protagonistas y de otros personajes de la historia nacional, a los que menciona y trata, porque ese difícil arte del lograr definir a quien habla y desmenuar sus dichos acordes con su persona, es uno de los méritos de este trabajo, que revelan un conocimiento inusual de la época.

Finalmente, es esta obra, bien escrita, crítica, documentada y hasta apasionada por las glorias de Entre Ríos, un valioso aporte a la literatura histórica argentina.

JUAN JOSÉ CRESTO

Buenos Aires, marzo de 2003.